La filosofía moderna y contemporánea ¿Qué es la dialéctica hegeliana?

sentido. Tampoco repetir correctamente sus argumentos nos acerca a comprender el sentido de aquel enorme esfuerzo especulativo. Por eso nuestra atención patina sobre formulaciones abstractas, aparentemente claras a veces, pero que incluso entonces no nos dicen nada. La dialéctica hegeliana, como la zarzuela, como todo lo que ha dejado de producirse, apenas encuentra ya el sujeto que se ve reflejado en ella, apenas puede transmitir lo que transmitió, y hay que desenterrarla en una palabra de los escombros del pasado. Esta es la tarea previa que voy a tratar de esbozar. No es cuestión de presentar aquí el sistema de la dialéctica hegeliana y sus diversos matices, sino de acercar su sentido a nuestro campo de visión. Al menos borrosamente, con las dioptrías que inexorablemente interpone la historia, tenemos que percibir el sentido real que poseyó aquel

formidable edificio especulativo. Por de pronto hay que tener en cuenta dos cuestiones previas. Primero, el término dialéctica fue usado en la antigüedad. Kant tiene que ver con él. Fichte fue el primero en fijar el típico procedimiento tesis-antítesis-síntesis. Schelling, que rechazaba la rigidez de este esquema, fue el primero en designarlo como dialéctica. También dentro del marxismo el tema ha sufrido varias interpretaciones, lo que a su vez ha reincidido sobre la interpretación y valoración de la dialéctica hegeliana. Por último, no hay que olvidar que precisamente el enlace del marxismo con Hegel y el hundimiento de la filosofía tradicional han contribuido a olvidar otras concepciones de la dialéctica, como las de Schelling y Schleiermacher, independientemente de su indudable valía. Segundo, en cuanto a la dialéctica hegeliana misma, en la que se refiere a la dialéctica hegeliana, la dialéctica hegeliana es una dialéctica que nos vamos a centrar.

es una forma de exposición, un método, es mucho más, es nada menos que el proceso de la cosa misma. Dicho con otras palabras, la dialéctica es el mismo movimiento de la realidad. Y con esto entramos propiamente en nuestro tema. Si la dialéctica, según Hegel, es el mismo movimiento de la realidad, es que la realidad está en movimiento, no es estática, sino dinámica. Para el campesino o el terrateniente áticos de la época clásica, para el siervo medieval o para su señor, el mundo era tan constante como el ritmo de las estaciones y las cosechas. La producción iba dirigida fundamentalmente al consumo. La base económica de la sociedad apenas se ampliaba. Y los aparatos ideológicos correspondían a esta situación y la reforzaban. El individuo era una parte de ese mundo. La Edad Media, verbi gracia, le asignaba incluso su lugar estricto de la vida a la vida. Y la vida dentro de una jerarquía.

El valor de todo lo que era, también del individuo, dependía, colgaba de principios estables y superiores que le daban su consistencia. Muy distinto se presenta el mundo de Hegel al filo del 1800. La revolución francesa ha hecho rodar la cabeza del rey por antonomasia, el rey de Francia. Y todos los reyes se han sujetado instintivamente la corona con una mano mientras se pasaban la otra por el cuello. Pero también han rodado las cabezas del clero, de los nobles, y miembros conspicuos de ambos estamentos han desertado del orden que ellos encarnaban. La primera colonia independizada, los Estados Unidos de Norteamérica, acaba de realizar la primera revolución nacional contra la grande y sólida Inglaterra. Todo el mundo tradicional se desintegra, y en la batalla de Balmy, el duque de Braunschweig se retira, porque los mandos de un ejército tradicional...

temen ya que sus soldados hagan causa común con el enemigo y todo se acabe en cuestión de semanas. Pero es que por debajo de todo esto se oye un rumor de fondo aún más sobrecogedor, como el principio de un seísmo gigantesco que no va a dejar piedra sobre piedra. Son las máquinas que empiezan a rugir, convirtiendo la antigua manufactura en el sistema fabril, que invaden la miserable campiña europea, que lanzan a la miseria del jornalero a los antiguos artesanos y abarrotan las viejas ciudades con un aluvión humano incontenible cuando no las crean de nueva planta. Se perfila tras las guerras napoleónicas la expansión de los mercados interiores y el nuevo desarrollo agresivo del colonialismo que creará nuevos mercados exteriores y nuevas fuentes de capital con toda la gama de la violencia según haga falta. A quien ha vivido tan conscientemente como Hegel este momento,

experimento histórico, la cabeza tiene que darle vueltas, y si llega a controlar el vértigo, el mundo tiene que presentársele al final de otro modo. En medio de ese desarrollo enorme de la sociedad burguesa, del Estado de Derecho, de las nacionalidades, en el vaivén de revolución y reacción, la efervescencia de una época tan rica en promesas como en decepciones, se hace imposible mirar por encima de ella a un trasfondo metafísico. El ser no tiene otro lugar ahora que éste. Incluso si la eternidad sigue siendo el punto de referencia, como es el caso en Hegel, su lugar, el lugar de la eternidad, no puede ser ahora otro que éste, la historia vivida. Pero la historia es lo que los hombres hacen. Por consiguiente, la acción humana de este personaje es la que nos lleva a la vida. El preciso momento histórico va a ser el punto de referencia privilegiado. El antiguo sistema de referencias

abstractas e inmóviles queda desplazado. Y son burgueses alemanes quienes, en el país sin revolución política burguesa, reflexionan con la fuerza de la frustración y la esperanza lo que será el nuevo mundo. Tal impotencia, ciertamente, no tiene sólo consecuencias positivas, creadoras. También es verdad que la impotencia incita a la sublimación travestida, desplazada, opaca incluso en ocasiones al impulso del que procede. Pero este impulso histórico es lo que hincha hasta la desfiguración aberrante esos monstruos de la especulación germánica. Kant lo somete todo al criticismo de la nueva razón emancipada. Fichte trata incluso de deducirlo todo violentamente a partir de una implacable identidad abstracta. Lo figurado en ella es la acción humana elevada al infinito. G. El movimiento de esa deducción implacable es el de la dialéctica.

Ya ha pasado el tiempo de las analogías, de las figuras por santas que sean incluida la fe. Se trata de la construcción científica, del mundo planificado, del final de los terremotos, de la extinción de los volcanes, de desecar los pantanos y acabar con las enfermedades, dice Fichte. Es el tiempo de la libertad sin más límite que una naturaleza que será doblegada e incluso la edad de oro de la nación germana llamada a la gloria de su radical soberanía. Este es el lugar de la dialéctica hegeliana. La dialéctica es el nuevo discurso del método que va a guiar la acción de una humanidad soberana. Liberada de seculares trabas y esclavitudes, abiertos ante ella ilimitados horizontes de riqueza y bienestar, no es una lógica del orden lo que le hace falta, sino una lógica de la acción, o mejor dicho, del orden de la acción, no del orden jerárquico tradicional. Gracias.

Tal será la ciencia de la lógica de Hegel, 1812. Y el acceso a esta lógica lo dará precisamente el estudio de la actividad racional humana en su estructura dinámica y su

historia, no el ser u otros órdenes intemporales. Fenomenología del espíritu, 1807. ¿Y cómo es esta nueva lógica? En la universidad de Jena, Fichte exige de sus alumnos que repitan activamente en la abstracción el proceso autocreador del hombre. Esa lógica no es algo para aprender, a lo que incorporarse. Hay que hacerla, hacerse haciéndola, trabajo del concepto. Hegel lo realiza y supera a sus maestros. Sobre todo hay algo que no puede aceptar de ellos. Esa acción humana virulenta e irresistible no puede contraproporcionarse. No puede ponerse a la naturaleza tan despóticamente.

El parágrafo 76 de la tercera crítica kantiana, los íntimos amigos Hölderlin y Schelling, la áurea, radiante atmósfera del clasicismo alemán, le han enseñado a Hegel que el hombre es sólo una parte de esa naturaleza radiante, divina, que la acción humana debe saber reconocer sus límites, refundirse en la acción infinita que le constituye. Cierto, la acción humana es el lugar privilegiado de esa acción cósmica. ¿Por qué? ¿Porque la acción humana proyectaba su conciencia de portadora de un nuevo mundo, su confianza en la victoria final?

encuentra en el medio tradicional del concepto filosófico su gran apoteosis teórica. No se puede entender nada de la sutileza y complicación dialécticas sin ver lo que hincha sus volúmenes, la conciencia feliz de un momento apoteósico. Nada puede oponerse al grandioso happy end. Todo lo que se presente como fijo, resistente, sórdido, ante este flujo victorioso, es relativizado por él, más aún, es generado por él para ser enseguida superado y servir de escalón a nueva gloria. La dialéctica es el intento sistemático de exponerlo. La filosofía de Hegel se podría transcribir sencillamente con estas palabras. La historia es buena. La historia es racional. En una palabra, lo que los hombres hacen tiene un sentido. Un sentido inmenso. Ingenua vitalidad.

burguesa en su momento de máximo esplendor antes de comenzar a destruir el planeta Tierra.